

arreglado sus asuntos: además la sangre de los cómicos era demasiado vil para mojar en ella sus nobles manos; contúvose pues, y saludando con glacial cortesía á Isabel, que, temblorosa, se habia refugiado al lado de sus amigos; salió del aposento; pero al llegar al umbral de la puerta, volvióse, hizo con la mano un signo, y dijo:

—Hasta más ver, señorita.
Frase muy sencilla y natural, sin duda, pero que por el tono de voz con que fué pronunciada, tomaba un significado amenazador y terrible.

El rostro de Vallombreuse, tan simpático poco hacia, habia recobrado su expresion de diabólica perversidad.

Aunque la presencia de los cómicos la pusiese al abrigo de toda tentativa, Isabel no pudo ménos de estremecerse y experimentar ese sentimiento de mortal angustia de la paloma encima de la cual el milano traza en el aire círculos más y más cercanos.

Vallombreuse, seguido del hostelero, que se deshacia en cortesías pesadas y supérfluas, subió de nuevo á la carroza, y pronto el ruido de las ruedas indicó que el peligroso visitador habia por fin partido.

Digamos ahora cómo se explica el socorro venido tan oportunamente á Isabel.

La llegada del duque de Vallombreuse en dorada carroza á la hostería de la calle Delfina habia levantado un run run de extrañeza y de admiracion en los ámbitos todos de la posada, rumor que pronto llegó á oídos del Tirano, ocupado, como Isabel, en estudiar en su cuarto.

En ausencia de Sigognac, retenido en el teatro para probarse un traje nuevo, el honrado Herodes, conocedor de las malas intenciones de Vallombreuse, se habia prometido vigilar, y con el oído aplicado en el ojo de la cerradura del

cuarto de la jóven actriz escuchaba, por una indiscrecion loable, aquella conversacion peligrosa, dispuesto á intervenir cuando lo requiriese el caso.

De esta suerte la prudencia del cómico habia salvado la virtud de Isabel de las asechanzas de aquel duque ultrajante y perverso.

Tempestuosa debia de ser aquella jornada.

Lampourde, como recordará el lector, habia recibido de Merindol la consigna de acabar con el capitan Estruendo. Así es que el perdonavidas, acechando el momento de atacarlo, estaba de planton sobre el terraplen donde se levanta el rey de bronce, pues Sigognac, para dirigirse á la posada, debia forzosamente pasar por el Puente Nuevo.

Más de una hora hacia ya que Lampourde estaba allí, soplándose los dedos para no tenerlos entumecidos en el momento de obrar, y daba de piés contra el suelo para calentárselos.

Fria era la temperatura.

El sol se ocultaba ya detrás del puente Rojo, más allá de las Tullerías, seguido de un cortejo de sanguinolentas nubes.

Las sombras invadian rápidamente la tierra, y los transeuntes iban siendo más y más raros.

Por fin apareció Sigognac, caminando con paso apresurado, pues le agitaba una vaga inquietud respecto de Isabel, y tenia prisa por hallarse de nuevo en la posada.

En su precipitacion el jóven no vió á Lampourde quien, cogiéndole por la orilla de la capa, tiró de esta con movimiento tan brusco y tan seco, que los cordones con que aquel la llevaba prendida se rompieron; encontrándose Sigognac, en un abrir y cerrar de ojos, en simple jubon.

Sin meterse en disputar su capa á aquel salteador á quien en un principio tomó por un ratero vulgar, el Baron desenvai-

nó, con la prontitud del rayo, su espada y se puso en guardia.

Por su parte, Lampourde no habia sido ménos listo en sacar la suya.

El perdonavidas, al ver la actitud de Sigognac, experimentó un sentimiento de satisfaccion, y dijo para su capote:

—Vamos á divertirnos un poco.

Los aceros se cruzaron.

Despues de algunos tanteos de una y otra parte, Lampourde ensayó una estocada que halló pronto quite.

—Buen reparo,—prosiguió el tunante,—este jóven tiene principios.

Sigognac lió con su espada el hierro del perdonavidas y le tiró una flanconada que este paró huyendo el cuerpo, mientras admiraba el golpe de su adversario por su perfeccion y su regularidad académica.

—Esta para vos,—gritó Lampourde.

Y acompañando la accion á la palabra, hizo describir un brillante círculo á su espada que fué á chocar con la de Sigognac ya otra vez en su puesto.

Espiando un claro para penetrar en él, las hojas liadas por las puntas, giraban al rededor una de otra, ya lenta ya rápidamente, con astucias y precauciones que demostraban la destreza de ambos combatientes.

—¿Sabeis, caballero,—dijo Lampourde, no pudiendo contener por más tiempo su admiracion por aquel maniobrar tan seguro, tan cerrado y tan correcto,—sabeis que poseeis un método soberbio?

—A vuestra disposicion,—respondió Sigognac,—tirando una estocada á fondo al perdonavidas quien la reparó con el puño de su espada con un movimiento de muñeca tan seco como el disparo de un fiador de ballesta.

—¡Magnífica estocada!—exclamó el maton más y más entusiasmado,—¡maravilloso bote! Lógicamente hubiera debido ser muerto. Mi parada lo ha sido de chiripa, irregular, salvaje, buena lo más para no ser ensartado cual pichon.

Casi me avergüenzo de haberla empleado con un buen tirador como vos.

Toda esta cháchara estaba entremezclada de refregonos de hierro, de cuartas, tercias, semicírculos, quites, despejos que aumentaban la estima de Lampourde hácia Sigognac, pues aquel maton no apreciaba en el mundo más que la esgrima, y regulaba el caso que debia hacer de la gente segun su destreza en el manejo de las armas. Sigognac, pues, tomaba á sus ojos proporciones gigantescas.

—¿Seria indiscrecion, caballero, preguntaros el nombre de vuestro maestro? Girolamo, Paraguantes y Costilla de Acero estarian orgullosos de tal discípulo.

—No he tenido otro maestro que un veterano llamado Pedro,—respondió Sigognac, á quien aquella charla extraña divertia;—tomad, parad esta; es una de sus estocadas favoritas.

Al decir esto, el Baron se tiró á fondo.

—¡Diablo!—exclamó Lampourde retrocediendo un paso,—por poco me pinchais; la punta de vuestro hierro ha pasado rozando por debajo de mi brazo. En mitad del dia me hubierais perforado; pero vos no teneis todavía la costumbre de éstos combates crepusculares y nocturnos que exigen ojos de gato. ¡No importa! ha sido bien tirada. Ahora, prestad atencion, no os ataco traidoramente. Voy á probar contra vos mi estocada secreta, el resultado de mis estudios, el *nec plus ultra* de mi ciencia, el elíxir de mi vida. Hasta hoy este bote infalible ha cortado el hilo de la vida de quien lo ha recibido. Es mi única herencia, y os la legaré; sin esto, me llevaria esta sublime estocada al otro mundo, pues hasta ahora no he encontrado á nadie capaz de ejecutarla, á no ser vos, admirable jóven. Mas ¿quereis descansar un poco y recobrar aliento?

Al decir estas palabras, Lampourde bajó la punta de su espada. Sigognac hizo otro tanto, y al cabo de algunos minutos volvió á comenzar el combate.

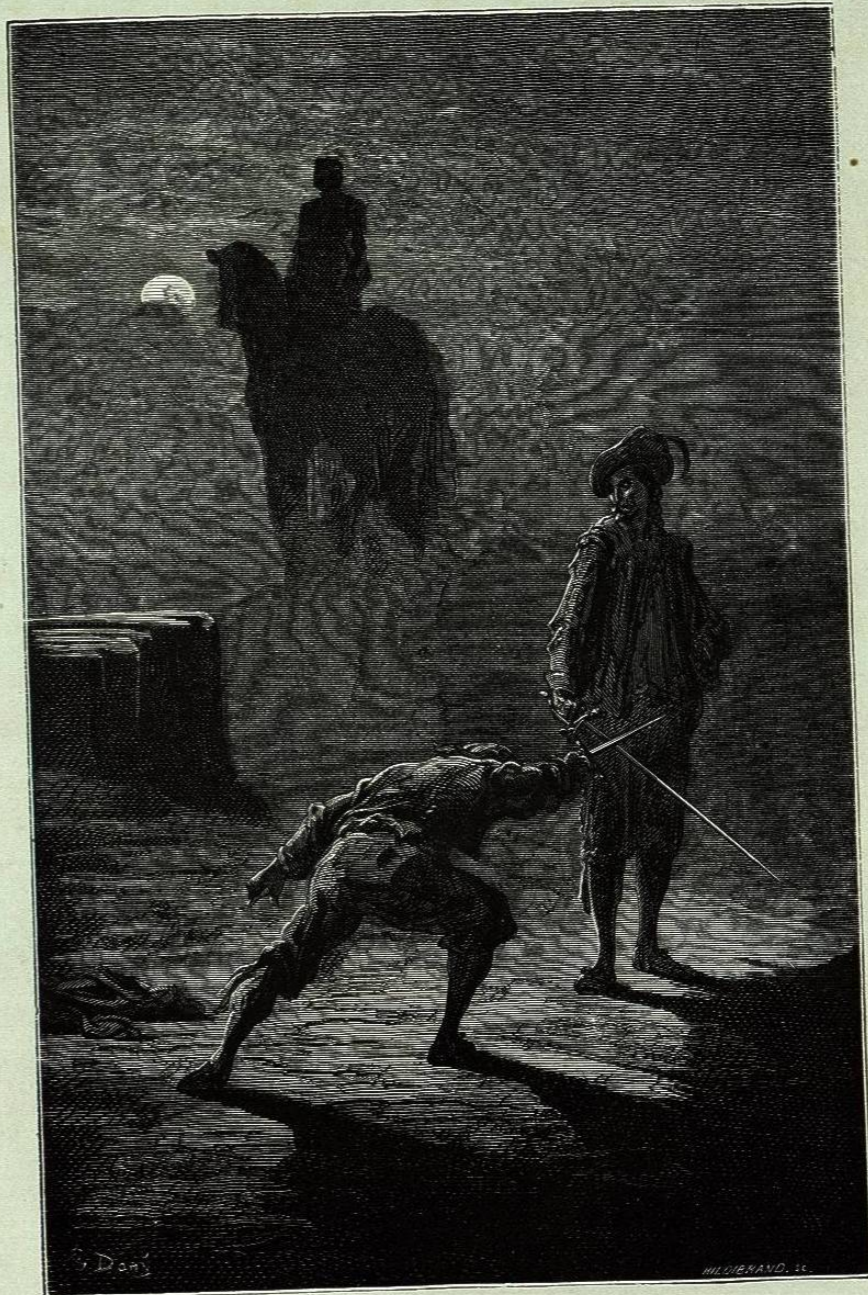
Después de algunos pases, Sigognac, que conocía todos los ardidés de la esgrima, comprendió, en el trabajo particular de Lampourde, cuya espada desaparecía con rapidez deslumbradora, que su pecho iba á ser blanco de la famosa estocada. En efecto, el perdonavidas se bajó súbitamente cual si se cayese de bruces, y el Barón dejó de ver delante de sí su adversario; pero un relámpago envuelto en un silbido le llegó tan rápidamente al cuerpo, que no tuvo más tiempo que el necesario para cortarlo por medio de un semicírculo que rompió en redondo la hoja de Lampourde.

—Si no teneis el resto de mi espada en el vientre,—dijo este á Sigognac levantándose y blandiendo el trozo que le quedaba en la mano,—sois un grande hombre, un héroe, un dios.

—No, respondió Sigognac,—y no sólo no me habeis tocado un hilo de la ropa, sino que á querer yo os hubiera clavado en la pared como un buho; pero esto repugna á mi generosidad natural; además os confieso que me ha dado un buen rato vuestra charla.

—Barón,—dijo Lampourde,—permitidme que desde ahora sea vuestro admirador, vuestro esclavo, vuestro perro. Me habian pagado para mataros; pero lo mismo da. Robaré para devolver el dinero.

Dijo el perdonavidas, y recogió la capa de Sigognac, en los hombros de quien la colocó cual hubiera podido hacerlo un servicial ayuda de cámara; luego le saludó con mucha prosopopeya y se alejó.



.. EL MATACHIN SE BAJÓ SÚBITAMENTE.